La Nueva Salida del Valeroso Caballero
D. Quijote de la Mancha

LIBRO PRIMERO

CAPITULO I

De la extraña é increíble resurrección del nunca bien ponderado Caballero D. Quijote de la Mancha.

UERTO y bien muerto quedó, al parecer, D. Quijote, ante la fé del Escribano presente que dió testimonio de ello al Cura, según se refiere en el último capítulo de la obra de Cervantes, y por tal atestado le tuvo como difunto Cide Hamete Benengeli y dirigió á su péñola aquel bello apóstrofe, después de colgarla de la espetera; pero es el caso que no há mucho, corrió por toda la Mancha la estupenda noticia de que el *Caballero de la Triste figura* había resucitado en uno de aquellos lugares, y aun de que se le había visto vestido de vieja armadura, embrazado el escudo, lanza en el ristre, sobre un rocín más flaco y desmedrado que el antiguo, de color indefinible y trote dificultoso, seguido de otro escudero montado en una mula vieja y remolona.

Dábanse pelos y señales de ambos personajes, y si bien todas las señas del caballero coincidían con las del difunto Alonso Quijana, las

del escudero no cuadraban con la fisonomía y figura de su viejo servidor Sancho, aunque guardaban con él cierto aire de familia. Era el caballero alto de cuerpo y seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, y el escudero bajo y rechoncho; el uno erguido y firme y el otro cargado de espaldas y amondongado; y mientras el primero con su lanzón parecía caminar á la pelea, el otro con sus alforjas denotaba ir pacíficamente pensando en los yantares.

Quién les divisó por la carretera polvorosa marchando uno tras otro; quién como dos siluetas negras en la interminable sábana de aquellos campos; y no pocos vecinos de aquellos lugarejos juraban y perjuraban haber topado con ellos al alba, como si aun fueran adormilados, ó á la hora del obscurecer cerca de alguna venta, ganosos de tomar posada.

Cuentos de brujas ó visiones del miedo resultaban esos relatos para la gente pesquisidora: porque unos afirmaban que D. Quijote jamás existió sino en la mente de Cervantes, y otros que aun de haber vivido en los tiempos del Rey D. FelipeII, habiendo muerto, según certificación notarial, y teniendo irremisiblemente que morir aun sin ella, estaría más que deshecho, roído de gusanos y convertido en polvo, sin poder despertar ni levantarse de su tumba.

Túvose, pues, lo de la resurrección por arcaduz y enredo; nadie le dió crédito, sino algunos buenos campesinos de la Mancha; hicieron los periódicos de Madrid gacetillas burlonas; los hombres de letras rieron grandemente y se prepararon á arremeter contra el osado que, contrariando la voluntad del insigne manco de Lepanto, sacase á su héroe de la fuesa, donde real y verdaderamente yacía, tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva, y los menos incrédulos supusieron que algún chusco se había disfrazado realmente de D. Quijote, para dar que hacer y decir de su persona, si no llevaba otras peores intenciones.

Resucitar un simple mortal era efectivamente imposible; pero, tratándose de caballeros que solían estar en comunicación con Merlines, Urgandas y Frístones, ya no parecía tan

difícil, y menos para D. Quijote que disponía y llevaba siempre á prevención, contra las heridas y la muerte, aquel maravilloso bálsamo de Fierabrás que, con aceite, vino, sal y romero, Pater noster, Ave Marías, Salves, Credos y bendiciones, compuso en la celebérrima venta.

Si con dos gotas del bálsamo aquel cualquier armado caballero podía curar de un golpe y cuchillada que le abriese en dos mitades la cabeza, ó de una lanzada que le atravesara de parte á parte ¿por qué no había de sanar de igual modo de una calentura ú otra dolencia de menor cuantía, como la que postró en cama al de la Triste figura, por melancolías y desabrimientos?

Así sucedió, según comprobóse y se verá más adelante. Y es que el historiador de las hazañas del valeroso caballero no supo ni refirió en aquel último capítulo de su crónica que, cuando Don Quijote pidió perdón á Sancho, y este llorando le dijo «no se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos la acaben que las de la melancolía», D. Quijote quedó suspenso, y antes de contestar, con un movimiento instintivo, deseando vivir, bebióse un poco del bálsamo de Fierabrás que en la alcuza le quedaba, como enfermo que á todo recurre, y luego respondió aquello de «vámonos poco á poco, que en los nidos de antaño no hay pájaros ogaño.»

El susodicho bálsamo le fortaleció sin duda para acabar su testamento, que de otro modo no hubiera podido concluir, y luego pareció morirse sosegadamente; pero Sancho que había visto á su amo empinarse la alcuza, quedó con la idea fija de que no estaba muerto, sino dormido, y de que la medicina aquella bien le podía obrar de manera que le conservase sin descomposición, hasta la hora de resurrección de la carne, en que despertaría, y quizás antes, si la maldad de los tiempos lo reclamaba.

Ello fué que, según cuentan los más sabidores, bien por efecto del bálsamo, bien por un fenómeno de catalepsia, D. Quijote quedó tendido de largo á largo, pero no muerto, y que el Cu-

ra le echó en balde sus responsos y lo llevaron á enterrar al cementerio del pueblo, en una antigua bóveda de los Quijanas, donde por unos respiraderos tuvo todo el aire necesario para no morir de asfixia, y así permaneció luengos años en su ataúd, vestido de su armadura, ceñido de espada, y acompañado del viejo lanzón, auxiliar de sus empresas.

Mucho lloró Sancho, por si el fallecimiento era de veras; pero, visitando de tiempo en tiempo la cripta y hallando á su señor acartonado é inmóvil, sin ningún signo de descomposición, fué cobrando alientos en su sospecha de que alguna vez habría de despertar de aquel sueño rígido, si bien se guardó de comunicar á nadie su secreto.

Solo á la hora de su muerte, que fué por cierto de un cólico cerrado, que dicen miserere, llamó á su hijo varón y le hizo depositario de aquella sospecha y esperanza. Tú sabes, hijo, exclamó, cuánto debemos á nuestro difunto amo: por él salí de la obscuridad de este lugarillo, para correr mundos, y si buenos golpes y puñadas recibí, buenos pollinos é ínsula me dió. De él aguardaba mayores logros, si una pena y una calentura no le hubiesen acabado; pero vengo sospechando que tan menguados enemigos no bastaron á arrancar aquel ánima esforzada de aquel cuerpo hecho á prueba de golpes de jayanes, y más porque ví que se bebió el resto que le quedaba de aquel precioso bálsamo, que compuso según recetas de antiguos caballeros, para curar feridas de furibundos fendientes. Así que te digo, que tú y tus hijos y todas tus generaciones estéis á la mira de esa bóveda, donde el caballero más esforzado de la tierra yace tendido; porque, si alguna vez salta y empuña su lanza y le servís como yo, con fidelidad, vuestra fortuna está asegurada, y quién sabe si recibiréis, no una ínsula, sino todo un reino, en premio de vuestros servicios.

Eso dijo Sancho penosamente, dando las últimas boqueadas, y su hijo lo cumplió al pié de la letra y lo trasmitió á los suyos, y así quedó vinculado este secreto en la familia de los Panzas, que siguió aguardando á su Mesías, no

tantos siglos como los hebreos, al suyo.

La astucia de Cide Hamete Benengeli de no haber determinado cuál lugar de la Mancha fué la cuna y hogar del caballero andante, para que todos contendieren entre sí por ahijarle y tenerle por suyo, produjo la desesperación de los historiadores y críticos que lo anduvieron buscando inútilmente; pero evitó que dieran con su momia y la desenterraran, y la llevaran quizás á algún museo, privando á los Panzas de su tesoro. A la vez, el estacionamiento y pobreza de aquellos pueblos manchegos, que siguieron á través de los siglos iguales que eran, ocasionó que la cripta del caballero se conservase sin alteración en el cementerio del pueblecillo de los Panzas, siendo visitada por éstos de tiempo en tiempo, y todo resultó providencial, al decir de los intérpretes, para que nuestro buen Alonso Quijana despertase, en el punto y hora en que más era menester.

Hallábase, según ellos, el último descendiente de Sancho, llamado Juan Panza, de visita en el cementerio el día de difuntos, cuando sintió que aquel caballero acartonado se rebullía en su ataud de podridas tablas, lo que le produjo gran susto. Pero recordando el secreto y aviso de su tatarabuelo, guardóse muy bien de advertir cosa alguna á las gentes, y se quedó por aquellos alrededores hasta la caída de la tarde; y entonces, estando solo y temblando de miedo, pero haciendo de tripas corazón, escuchó un largo suspiro y luego vió incorporarse á D. Quijote y alzarse al fin dando voces.

¡Sús á mí, valientes caballeros, decía: libradme de esta cárcel, en que el vil encantador mi enemigo me tiene sujeto; que yo os juro que, apenas me vea libre de estos sortilegios, he de probarle lo esforzado de mi brazo!

Juan Panza acudió á su socorro, pues con lo enmohecido de la armadura ni aún podía el buen hidalgo andar, y D. Quijote mirándole de hito en hito exclamó:

Ya sabía yo que tú no habías de faltar á mi lado, Sancho amigo; aunque algo mudado te veo. Si eres realmente Sancho, ayúdame como buen escudero á dar juego á estas coyunturas,

que parecen llenas de orín, y alárgame ese escudo y esa lanza y salgamos de aquí para continuar mis empresas, que se quedaron á medias cuando por arte de encantamiento me trajeron sin sentido y me pusieron en ese ataud, creyendo moriría de pavor al verme enterrado vivo.

No soy Sancho, señor, contestó el interpelado, sino un tataranieto de Sancho llamado Juan Panza, que por tradición de familia esperaba vuestro despertar, levantamiento y salida de tan feo sitio. Murió mi tatarabuelo de un atracón, pues ya sabe Usía era algo dado á la gula, y antes de hacer boca de lagarto nos trasmitió su sospecha de que, en su última enfermedad, que fué una calentura é hipocondria, no debió morir Vuecencia, pues el bendito bálsamo de Fierabrás, que apuró, le conservaría el jugo vital en medio de esa muerte aparente. Pero vea Usía en mí al mismo Sancho antiguo, deseoso de servirle, aunque por la degeneración de su raza no tenga igual ingenio que mi antecesor, ni sea elegante y memorioso en traer refranes.

Y diciendo y haciendo ayudó á D. Quijote á poner en juego los resortes de su armadura, y cogió en peso el escudo y cargó con el lanzón á cuestas, porque aquél estaba muy débil por el prolongado ayuno y no pudo, aunque quiso, sostenerlos como antaño.

Ambos se dirigieron á la casa de Panza que estaba extramuros del pueblo, en medio de una labor de un par de mulos que el nuevo escudero tenía, y en el camino D. Quijote preguntó á su servidor por toda la parentela y amigos, que durante su encantamiento había perdido de vista.

¿Sabrás decirme, Panza, qué es de mi ama y sobrina? ¿Están muy aviejadas y encanecidas? ¿Sintiéronme y lloráronme mucho? ¿Y el Cura y el barbero y el bachiller Sansón Carrasco? De buena gana les daría un abrazo, que el no ver á las personas largo tiempo aumenta el regocijo de luego encontrarlas.

Ay Señor, contestaba Panza, á ninguno de esos que Usía menciona conocí ni conocieron mis padres: sé de ellos por cierto libro compuesto por el más grande ingenio de la tierra, libro que

ha corrido el mundo en todas las lenguas, según dicen. Yo lo leía de muchacho en la escuela del pueblo, y todavía lo tengo en casa y presumo que, haciendo siglos ya que vivieron esas nobles personas, estarán más que apolilladas, hechas ceniza, en cualquier rincón de ese cementerio, ó de algunos semejantes.

¡Válame Dios, exclamó D. Quijote, y qué triste es encontrarse solo y sin los suyos! ¡Pobre ama y pobre sobrina mía! Y casi se le escapó una lágrima, que en los salientes ojos contuvo, emocionado por aquel triste despertar....

¡Pero si parece que fué ayer, añadió, cuando me dormí, y que me levanto como lo hacía diariamente, aunque un poco más tarde!

¡Y en este abrir y cerrar de ojos, ya no existen mis parientes, mis deudos, mis amigos, ni mi escudero Sancho tampoco!

No señor, no existen ya, replicó Panza y sí otras personas y cosas nuevas.

¿Cuánto tiempo habré pasado en mi modorra? Acláramelo, por la memoria de tu buen tatarabuelo. ¿Hará mil años? dijo D. Quijote.

No tanto, señor, replicó su acompañante; pero más de trescientos sí, desde que dicen acabó con Usía una calentura.

¡Verdaderamente, añadió aquél, que en años trescientos bien han podido tener tiempo de morirse todos mis conocidos, no siendo Matusalenes! Pero no creas que me apena menos que si hubiera sido ayer; porque los sucesos prósperos ó adversos afectan al ánimo, aun siendo añejos, como actuales, en el punto y hora en que se conocen. Así te digo que siento á los míos como si hubiesen fallecido en este instante, á pesar de tan larga fecha.

Había obscurecido y la sombra veló la angulosa faz del caballero, que á pié y con la cabeza baja andaba dificultosamente, como náufrago sacado á la orilla: mientras su servidor al lado con el escudo en peso y la lanza al hombro, parecía el marinero salvador que lleva el remo á cuestas.

Pasada la primera congoja y convencido don Quijote de que él sólo era vivo de cuantos con él vivieron, hizo nuevas preguntas á Juan Pan-

za, relacionadas con el nuevo estado de cosas á que abría los ojos.

¿No reinaba ya Don Felipe II en España é Indias? ¿Iban todavía los Ginesillos á Galeras? ¿Y la Santa Hermandad, andaba aún por los campos con sus cuadrilleros? ¿Quemábanse muchos herejes? ¿Se daba en los conventos la sopa? ¿Salían muchos sabios de Salamanca? ¿Cuántos galeones cargados de oro nos llegaban allende el Atlántico?

Panza no pudo dar razón de muchos de estos asuntos y calló otros por no malhumorar á su amo; pero sí aseguró que no sabía pelo ni hueso del Rey D. Felipe II; que ya no había Galeras para los criminales, sino jurados absolutorios; que no funcionaba la Inquisición en parte alguna; que no nos llegaba oro de ningún lado,

sino que por el contrario habían emigrado las peluconas y demás monedas amarillas, quedándonos sólo pesetas y perros chicos, y que de Salamanca sólo había oido que salían buenas mantecadas.

Maravillóse D. Quijote, sobre todo de aquello de los perros chicos; pues no se explicaba como servirían de moneda, por muy chicos que fuesen; y, en cuanto á lo de la Inquisición, no dió crédito á su interlocutor, pensando que tal vez quiso tranquilizarle, haciéndole ver que no se le tomaría cuenta de sus pasadas aventuras con frailes y encapuchados.

Todo se lo explicaba: que el Rey D. Felipe II no reinase; que no recibiésemos ya oro de Indias, sin duda porque lo guardábamos allí para mayores conquistas; que no hubiera Galeras; pero no que hubiesen quitado la Santa Inquisición, dejando á los herejes libres y campantes.

En estas meditaciones llegaron á la puerta de la casa de Panza, no sin que les ladrara furiosamente un perrazo, hasta que conoció á su dueño y éste le redujo á la obediencia; y llamando el escudero con dos golpes, acudieron su mujer y su hija á abrir, quedando sorprendidas de ver la catadura de D. Quijote.

Tranquilizólas Panza, diciéndoles aparte que era un caballero á quien había conocido cuando estuvo en el servicio militar y al que debía grandes favores, y ambos entraron; deshaciéndose D. Quijote en cortesías, creyendo que su escudero le ocultaba que aquellas eran dos hermosas Princesas, que en el patio de aquel palacio le aguardaban, para servirle la mesa, después de quitarle la espuela y la loriga, como si fuera llegado á la corte del Rey Lisuarte.